

# LA GENERACIÓN HERIDA.

## La guerra civil y el primer franquismo como señas de identidad en los niños nacidos hasta el año 1940

Magdalena González

*Universidad Complutense de Madrid*

### Caracterización generacional

Las personas que fueron testigos de la guerra de 1936 en España constituyen hoy un grupo peculiar y singularizado, entre otras cosas, por el propio paso del tiempo. La mayor parte de quienes actualmente recuerdan su experiencia de la guerra corresponde a los que entonces eran niños. Esta peculiaridad del caso español singulariza en el panorama memorialístico actual un caso de estudio sobre el que conviene reflexionar: la vivencia infantil de la guerra y la primera postguerra convertida en referente generacional y en trasunto de la memoria y el olvido.

La violencia generada por el conflicto la padecieron las personas ancianas, las que estaban en la mitad de la vida, los jóvenes y los niños. Es decir, atendiendo simplemente al dato de la edad, la experiencia personal del conflicto fue muy distinta para unos y otros, aunque la biografía de todos ellos quedara signada por el trauma común. Sirvan de ejemplo la referencia indeleble del año 1936<sup>1</sup> o el binomio hambre y guerra, uno de los primeros tropos unificadores de las circunstancias diversas de adultos y niños. En muchas ocasiones estos mayores de hoy hablan de su pasado sosteniendo en las manos sus fotos de niños. Cuando muestran las de sus padres, aparecen en ellas hombres jóvenes convertidos en los referentes del relato biográfico propio y diferido. La guerra del treinta y seis modificó la vida de todos, detuvo lo que se venía haciendo o siendo y alteró irremediabilmente la realidad. Pero sobre la mayor parte de los

---

<sup>1</sup> Michael Richards, «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española» en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 189. El autor cita el comentario de Luis de Castresana en el sentido de que los exiliados españoles permanecían psicológicamente anclados a la fecha de 1936.

más jóvenes, de los niños, la influencia del conflicto enmarcó no sólo el presente, sino de una manera más amplia, cada posible proyecto vital, es decir, su futuro. Por lo tanto la generación de los niños de la guerra no se formó únicamente como tal a partir del tiempo de la vitalidad juvenil,<sup>2</sup> como convencionalmente se entiende que ocurre, sino que vivió una excepcionalidad previa que se convirtió en rasgo distintivo. La guerra fue su punto de partida. Un resumen en palabras de Juan García Hortelano, nacido en 1928:

Por lo pronto y aunque lo ignoran, se encuentran en el umbral de un paraíso. Habrán de pasar lustros, quizás sólo tres años, para que descubran que vivieron en el infierno [...] les va a suceder todo, para, tres años más tarde, vivir sin que les vuelva a suceder nada nuevo.<sup>3</sup>

En España, la referencia memorialística de la generación de la guerra estaba determinada hasta hace poco por su movilización militar. La generación era la *de los combatientes*, la *de la confrontación*<sup>4</sup> o la *de los abuelos*. Sin embargo el hecho biológico del paso del tiempo ha tenido como primera consecuencia que estos combatientes hayan fallecido en su mayoría. Téngase en cuenta que, paradójicamente, incluso la llamada «quinta del biberón» está a punto de superar los noventa años. Por lo tanto los *abuelos* de hoy, «testigos» de los hechos históricos, en general ya no formaron parte de la movilización militar, aunque sí participaron de la confrontación y fueron además los primeros sujetos participantes y pacientes de la memoria de la guerra transmitida por otros. Es decir, como constructores del relato que, unido al de sus sucesores, ha acabado siendo referente para la comunidad, cuentan con su experiencia personal, pero también con la diferida de padres, familiares y vecinos. La imaginación y la especificidad de la memoria infantil están por lo tanto en la base de su construcción mnemónica. Por otro lado, su incorporación a la vida laboral y su desarrollo como personas adultas tuvo lugar durante la dictadura, lo que tampoco puede dejar de ser un dato biográfico concluyente. Estos son algunos de los condicionantes que parecen más significativos a la hora de procurar un acercamiento a la gestación de uno de los discursos de la memoria divergentes del consensuado como oficial por el franquismo. La percepción de Antonio

<sup>2</sup> Teresa Pamiés, *Cuando éramos capitanes. Memorias de aquella guerra*, Barcelona, Dopesa, 1974. Para lo que apuntamos interesa especialmente el carácter referencial del título aplicado a la generación de jóvenes que protagoniza los años 30. Pamiés nació en 1919.

<sup>3</sup> Juan García Hortelano, *El grupo poético de los años 50 (Una antología)*, Madrid, Taurus, 1978, pp. 7 y 8.

<sup>4</sup> J. Aróstegui, «Traumas colectivos y memorias generacionales: El caso de la Guerra Civil.» en J. Aróstegui, y F. Godicheau (eds.), *Guerra civil...*, op. cit., pp. 79-83.

Jiménez Blanco, nacido en 1924, es bastante significativa en relación con su singularidad:

Desde que era niño todos los recuerdos se condicionan, detrás de una especie de telón de circunstancias familiares o personales, por la secuencia de la guerra civil futura y por la idea de haber vivido en dictadura siempre, o casi siempre, como si uno naciera o viviera con una predestinación inevitable. Uno y toda su generación.<sup>5</sup>

A esta primera diferenciación en el grupo de los generadores del relato sobre la guerra que hoy están vivos, hay que añadir el rasgo común de la particularidad cambiante, porosa, moldeable e instrumental propia de esta forma de conocimiento y de relación con el mundo que es la memoria. Es sobre esta materia *viva* sobre la que se ha transmitido la herencia del hecho más definitivo del pasado reciente o *vivido*<sup>6</sup> de la historia de España. Sobre la experiencia compartida de estos testimonios, de sus silencios, de sus indiferencias y compromisos se ha alimentado una compleja memoria social que ha terminado por conformar parte de la identidad de quienes les sucedieron. Como es sabido, el camino de la memoria social es la transmisión. Las generaciones posteriores a la que se llamó de la guerra fueron las que recibieron y reelaboraron las imágenes y los conceptos de la semántica de lo excepcional. La memoria utiliza imágenes asociadas a conceptos para articularse y poder desarrollarse en un lenguaje dotado de semántica transmisible. Su terreno no es el de la realidad o el de objetividad. La memoria es una proyección a través de la que se concreta una forma de pertenencia y de identidad, pero que en el caso que nos ocupa viene marcada por el conflicto y la anomia. Las experiencias de la guerra y la primera postguerra en la retaguardia quedaron unificadas, compartidas y mitificadas en relatos que «cuentan» a quienes padecieron las consecuencias del conflicto.<sup>7</sup> En función de estas características la memoria no es única, sino plural y diversa, manipulable y, en su nivel colectivo, materia para la apropiación y el discurso político. Los más conocidos tópicos de la guerra civil española (guerra fratricida, de clases, de cruzada contra el mal...) han terminado por posponer una consideración novedosa, reflexiva y abierta de nuestro pasado más doloroso y *discriminante*,<sup>8</sup> al que las distintas memorias

<sup>5</sup> Antonio Jiménez Blanco, *Los niños de la guerra ya somos viejos*, Madrid, Unión Editorial, 1994, p. 27.

<sup>6</sup> En el sentido utilizado por J. Aróstegui en J. Aróstegui, *La Historia vivida*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

<sup>7</sup> José Miguel Marinas, *La razón biográfica. Ética y política de la identidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

<sup>8</sup> El adjetivo y el concepto en José Vidal-Beneyto, *Memoria democrática*, Madrid, Foca, 2007, p. 9.

todavía tienen hoy mucho que aportar, incluso a pesar de que contradictoriamente habitemos ya el tiempo de la saturación, la banalización y la instrumentalización de las mismas.

Como ha señalado Julián Casanova, las guerras civiles no se limitan a una rivalidad político-militar entre dos contendientes. También implican la resolución de conflictos enraizados en la forma de Estado o en el modelo de organización social. La lucha de clases, la integración nacional o las divisiones religiosas son otros rasgos que suelen estar presentes en ellas.<sup>9</sup> Añadiremos que la implicación de la sociedad civil tiene como característica el que sea en la retaguardia, con sus zonas de máxima proximidad y convivencia, donde se establece uno de los más duros y oscuros terrenos del enfrentamiento. La lectura de esta convivencia alterada dota de singularidad a la mirada y al entendimiento de los niños.<sup>10</sup> Lo mismo que el hecho de su utilización y encuadramiento. Y el de su elección para el castigo y la propaganda. Es decir, estas infancias fueron de manera acorde con lo que vivieron, aceleradas y detenidas, enfermas, violentas y seguramente arrebatadas, como ocurre con todas las víctimas. Los niños de la guerra inauguran un campo memorialístico que no ha pasado inadvertido. Conocemos su experiencia no sólo a través de sus posteriores libros de memorias, sino también a través de lo que dibujaron,<sup>11</sup> de lo que contaron a sus padres y a otros familiares en las cartas que les escribieron,<sup>12</sup> de la prensa infantil que los tenía por destinatarios,<sup>13</sup> de su imagen fotografiada o filmada y, sobre todo, a través de nuestra contemporaneidad, cuando ya su infancia se entreveraba en la memoria y el olvido y, simultáneamente, se actualizaba en nuestro presente, en el que ha acabado adquiriendo un significado distinto.

El tiempo que pondera la memoria no siempre coincide con el cronológico. La guerra de la memoria infantil tiene la peculiaridad de no acabar en el año 1939, sino en los límites que marcan para la mayoría la experiencia del hambre, el frío, la desolación y quién sabe si también la libertad. Por esta razón interesa ser flexible con las fechas de las cohortes de población si se quiere valorar la experiencia de la guerra y del recuerdo. Los protagonistas vivos de aquel tiempo fueron las personas

<sup>9</sup> Julián Casanova, «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-49): un análisis comparado» en J. Casanova (ed.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2001, p. 2.

<sup>10</sup> Para un caso representativo ver Juan Gomis, *Testigo de poca edad (1936-1943)*, Barcelona, Nova Terra, 1968. Juan Gomis nació en 1927.

<sup>11</sup> VV. AA., *A pesar de todo dibujan...: la guerra civil vista por los niños*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2006. Exposición 29/11/06-18/02/07.

<sup>12</sup> Verónica Sierra Blas, *Palabras huérfanas. Los niños y la guerra civil*, Madrid, Taurus, 2009.

<sup>13</sup> *Los Tebeos de la Guerra Civil Española. Niños y Propaganda. 1936-1939*, exposición organizada por el Centro Documental de la Memoria Histórica (Ministerio de Cultura), Salamanca. 18/12/08-25/01/09.

que hoy tienen más de 70 años y que al menos tenían más de 35 cuando terminó la dictadura. Es decir, en función de nuestros intereses y de las fuentes orales, consideramos pertenecientes a esta generación a los nacidos con anterioridad al año 1940,<sup>14</sup> porque los primeros recuerdos de muchos de ellos tienen como referencia hechos ocurridos en el periodo 1936-1945, que unánimemente es considerado como el de más imposición de la violencia militar y política y el de las más duras condiciones de vida para la mayor parte de la población. La participación de un alto porcentaje de españoles y de niños republicanos en el exilio y el enorme valor como referencia memorialística de esta realidad dota también al año del final de la Segunda Guerra Mundial de un contenido referencial generacional. La mayoría de los jóvenes españoles de mediados de los cuarenta había vivido desde su nacimiento en el contexto de la guerra, ya que el conflicto internacional vino a resultar la prolongación natural del propio. Tampoco debería obviarse el fuerte carácter de *supervivientes*<sup>15</sup> que conforma a la generación: durante los años de la guerra murieron en España más de 400.000 niños a causa de las operaciones militares, del hambre, el abandono y la enfermedad. Posteriormente más de un millón de niños judíos desaparecieron en los campos de concentración.<sup>16</sup>

### La experiencia de la guerra

Paradigmáticamente y desde los primeros momentos, la imagen de la guerra estuvo asociada a la infancia como metáfora del dolor: cadáveres de niños, niños corriendo junto a adultos, peleando en los repartos de pan, en las ruinas a la búsqueda de objetos salvados del desastre, niños en los paisajes imposibles de carreteras o de senderos nevados, niños solos, perdidos...<sup>17</sup> Esta condensación de la tragedia ha mantenido activa su carga de emoción universal en la interpretación de las consecuencias de la violencia política.

Desde otro punto de vista, combates, uniformes, armamento, aviones, sirenas..., fueron también imágenes deslumbrantes para la infancia

<sup>14</sup> Una fecha ya valorada por otros historiadores, ver VV. AA., *Enfants de la guerre civile espagnole. Vécus et représentations de la génération née entre 1925 et 1940*, París, L'Harmattan, 1999.

<sup>15</sup> En la guerra de 1936 el 50% de los muertos era población civil. Interesa valorar este porcentaje en relación con el 19% de la Primera Guerra Mundial, el 48% de la Segunda y el 34% y el 48% respectivamente de las de Corea y Vietnam. En Edward Goldson, «War is not good for children», en Lewis A. Leavitt y Nathan A. Fox, (eds.), *The psychological effects of war and violence on children*, Hillsdale, N. J., Lawrence Erlbaum Associates, 1993, p. 6.

<sup>16</sup> Azriel Eisenberg, *The Lost Generation. Children in the Holocaust*, New York, Pilgrim Press, 1982.

<sup>17</sup> Frédéric Baquet, «Les enfants dans le cinéma de la guerre civile: émotions et instrumentalisation», en VV. AA., *Enfants de la guerre civile espagnole. Vécus et représentations de la génération née entre 1925 et 1940*, París, L'Harmattan, 1999, pp. 33-45.

de aquellos años. Los carteles de la propaganda, los tebeos, los juguetes bélicos, la radio o los nombres elevados de categoría (de barcos, de lugares sonoros, de políticos o de militares cargados de odios o de entusiasmos) son los asideros narrativos más utilizados en los relatos del recuerdo. Pero la memoria se espesa cuando desciende al nivel más doloroso del trauma. Se recuperan imágenes percibidas en la infancia, aunque frecuentemente entendidas tiempo después aumentando su latencia. Son pequeñas anécdotas que remiten a los cambios en las estrategias familiares o cotidianas, a la violación de lo privado y de la intimidad, a los nombres propios pronunciados por bocas ajenas, a la pulsión física del miedo, a la pérdida, al espectáculo de la humillación, de la violencia y de la muerte, en definitiva, al niño que fue el adulto de hoy como víctima de la tragedia. Hay mucho de común en estas experiencias que sin embargo son exclusivas. Durante la guerra hubo también evacuaciones y desplazamientos masivos de población civil en las que el grueso lo constituyeron los ancianos, las mujeres y los niños (las imágenes de la salida de Málaga o las de las evacuaciones en los puertos vascos en 1937 figuraron entre las primeras utilizadas para convocar la solidaridad internacional a favor de las víctimas inocentes). La movilidad de los frentes desprotegió a todas éstas personas anticipando algunos de los rasgos esenciales de las nuevas guerras.<sup>18</sup>

El mapa mental de cada geografía rural o urbana asignó nuevos significados a calles, tapias, casas, garajes o graneros, que la memoria de hoy reconstruye porque el temor a sus oscuridades o silencios ha permanecido a través del tiempo. La realidad adquirió nuevas jerarquías que producían perplejidades en los niños. Por ejemplo, en este sentido, es muy llamativa la permanente valoración que hacen de los asuntos relacionados con la Iglesia, la sorpresa recurrente ante los códigos anticlericales y sus opuestos. La impregnación violenta que se vivió en la sociedad civil hizo que parecieran comunes cosas extraordinarias. Los niños construyeron con ellas sus visiones del mundo cuando después fueron adultos. Miguel Salabert, nacido en 1931, metafóricamente con precisión una singularización generacional: «Las primeras noticias que tuve de los hombres fueron las bombas».<sup>19</sup>

En la retaguardia de la zona rebelde y en la que permaneció fiel a la República la participación en el enfrentamiento no excluyó a los más jóvenes. Los *niños de la guerra*<sup>20</sup> fueron beligerantes como lo era cada

<sup>18</sup> Ver Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001, y con más detenimiento en el papel de los niños soldado, Herfried Münkler, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

<sup>19</sup> Miguel Salabert, *El exilio interior*, Madrid, Antrophos, 1988, p. 9. El autor elige el subtítulo de «Los años inhabitables» para novelar sus memorias del periodo 1936-51.

<sup>20</sup> La denominación es múltiple en su atribución, pero comúnmente aceptada por primera vez en Teresa Pamiés, *Los niños de la guerra*, Barcelona, Bruñera, 1977.

manifestación de la realidad. Supieron siempre cuáles eran los suyos, dónde estaba su familia y, advertidos sobre ello, actuaron en consecuencia dependiendo de las circunstancias. La guerra fue de los buenos contra los malos. Los niños compartieron enemigos con su entorno y concretaron la imagen de los mismos a partir de lo que les transmitieron sus padres.<sup>21</sup> No tuvieron dudas acerca de si cada uno de ellos había ganado o perdido la guerra.<sup>22</sup> Fueron utilizados como colaboradores necesarios, como mensajeros, como comparsas, como remedos de precoces adultos y como mano de obra gratuita y disponible para cobrar los réditos de la victoria en la España rural. Muchos también fueron precoces en la asunción de las responsabilidades que otros delegaron en ellos. A diferencia de la generación que les sucedió, la de sus hijos, ellos sí conocieron, sí vieron, sí escucharon, aunque después muchos hayan optado por callar o por convertir su recuerdo del pasado únicamente en una vivencia sentimental. Desde la edad adulta, olvidada la experiencia de la aventura y del mundo sin normas, han insistido en reconocer la huella de esos años como pesada carga de la que no fueron los causantes:

... [Somos] de una generación que es, porque así la han forjado, escéptica, desconfiada, desalentada... [...] Brutalmente reprimida, sin posibilidad de escapar de un cerco de circunstancias siempre adversas... [...] que quiso aprender y no pudo ir a la escuela, comer y no tenía alimentos... marginada.<sup>23</sup>

La violencia política anticipó, en el conjunto de la generación, la percepción del miedo, del abandono y de la fragilidad del tiempo anterior al conflicto. Los niños tuvieron que aceptar la vulnerabilidad y debilidad de sus mayores y ejercitar la sumisión como forma de protección. Independientemente de cuál fuera su situación concreta, cada familia tuvo que interiorizar la guerra y los presupuestos del nuevo Estado militar. Hubo una imposición privada y singularizada de un código inédito que no dejó fuera a nadie. La casa, la escuela si la había, el lugar de trabajo en muchos casos, los nuevos centros de encuadramiento, la Iglesia

<sup>21</sup> Ver Petra Hesse, y John E. Mack, «The World is a dangerous place: images of the enemy on children's television» en Robert W. Rieber (ed.), *The psychology of war and peace. The image of the enemy*, New York, Plenum Press, 1991, pp. 131-153. Según los autores, la concepción del enemigo se transmite generacionalmente y se adquiere muy tempranamente en la vida. El enemigo es diferente, representa el mal, quiere imponerse, castiga a los subordinados, busca el exterminio. Es un bárbaro incivilizado, amenaza a los héroes, usa la tortura y pretende el control de las voluntades. Los enemigos son irreconciliables.

<sup>22</sup> Esther Tusquets, *Habíamos ganado la guerra*, Barcelona, Bruñera, 2007; Luis Garrido, *Los niños que perdimos la guerra*, Madrid, Libros Hobby Club, S. A., 1963. Tusquets nació en 1936 y Garrido diez años antes.

<sup>23</sup> Eloy Fernández de la Peña, *Generación del hambre. (Memorias y consideraciones)*, Madrid, Gráficas El Escorial, 1981, pp. 126, 156 y 157.

y la calle fueron espacios diferenciados en los que cada niño anticipó el abandono de la infancia a la búsqueda del acomodo o de la supervivencia. Carlos Barral, nacido en 1928, acertó a expresarlo de la siguiente manera:

Para casi todos los muchachos de mi edad la guerra había sido una larga y extraña vacación, un «hortus libertatis» en el que las costumbres se habían regido por las solas excepciones de las olvidadas reglas. En la zona republicana habíamos vivido, además, en medio de un clima de división de los adultos y sobrevivientes, acobardados, corrompidos por todas las villanías que desata en una atmósfera de real o presuntuoso peligro el instinto de conservación. Nuestras familias demacradas habían perdido el sentido de la autoridad y la energía que reclama el castigo [...] La ciudad entera era gris y polvorienta como los siniestros muros del colegio. Era como si no hubiese acabado de caer y depositarse el polvo de un gran trastorno geológico.<sup>24</sup>

La sensación del antes y el después está muy compartida por quienes acabaron el tiempo de la infancia con la guerra. En las oposiciones calle/colegio-trabajo y libertad/control se percibió claramente la transformación determinante en la vida de todos. Extrañamente también lo que acababa era «la propiedad del paraíso»<sup>25</sup> del tiempo infantil.

Y había que seguir viviendo. Lenta, cansinamente, a un ritmo ordenado y metódico [...] Los padres se volvieron exigentes: hay que estudiar, hay que trabajar, hay que estar en casa, hay que obedecer, hay que obedecer, hay que obedecer. La disciplina, la privación, la censura de todo lo que hacíamos iba a estar presente en nuestra adolescencia en contraste con la forzosa libertad de los años de la guerra. Las costumbres se volvieron timoratas. A las nueve en casa. Adónde vas. Con quién has estado. Las notas. Castigado. Las notas. Castigado. Paseos de provincias de siete a nueve y media. Los chicos por una acera y las chicas por otra.<sup>26</sup>

Con frecuencia el testimonio de quienes fueron niños en aquellos años atiende a una reivindicación implícita en sus relatos que alcanza un determinado sentido político en la actualidad. Se trata de la reclamación propia o de las figuras de los padres en lo que éstos tuvieron de dolientes, de rebeldes o de leales a los valores democráticos, de la del ideario político de la familia cuando ésta era de izquierdas o de la propia infancia

<sup>24</sup> Carlos Barral, *Años de penitencia*, Madrid, Alianza Tres, 1975, pp. 13 y 14.

<sup>25</sup> Este es el título de una novela que profundiza en la común especificidad del tiempo infantil, ver Felipe Benítez Reyes, *La propiedad del paraíso*, Barcelona, Planeta, 1995 (reeditada en Tusquets en 2001).

<sup>26</sup> Josefina Rodríguez Aldecoa, *Los niños de la guerra*, Madrid, Ediciones Anaya, 1983, p. 17. Josefina Aldecoa nació en el año 1926.



anterior a la guerra cuando un futuro distinto al que luego se concretó parecía posible. La reclamación que hacen algunas memorias de su propia adscripción republicana por encima de la más unitaria de «los niños de la guerra» es un ejemplo. En la derecha o en el falangismo español es más extraña esta actitud de reivindicación política del pasado, siendo frecuente que en el caso de concretarse aparezca ligada bien a lo que se podría entender como una línea de «descargo de conciencia» o bien a determinados presupuestos estilísticos.<sup>27</sup> Sin embargo es más frecuente en el discurso mnemónico que se haga una defensa del trabajo, del sacrificio y de la no participación política para reivindicarse a sí mismos y a sus padres como libres de toda culpa. Los valores morales o el peso de los condicionantes económicos o sociales se convierten entonces en razones valoradas que justifican la lucha ante el inexistente compromiso político. La guerra les robó la infancia o la juventud imaginadas. La alienación, el colaboracionismo y la complicidad, que el revisionismo y el tiempo pretenden haber borrado hoy,<sup>28</sup> constituyen otras de las caras de la generación.

El empleo de la mano de obra infantil fue muy común en la España del primer tercio del siglo XX.<sup>29</sup> No era raro que el trabajo en las zonas rurales comenzara a partir de los cinco o seis años y un poco más tarde en las zonas de mayor industrialización. Las clases trabajadoras necesitaban contar con cuanta aportación a la unidad familiar fuera posible, renunciando así a asegurar la escolarización de sus hijos. A pesar de estos precedentes, de aquí ha nacido otra de las metáforas de las vidas marcadas por la guerra y sus consecuencias: la del trabajo como explotación y condena limitadora del individuo, como imposición miserable y acaparadora. En comparación con las generaciones sucesoras, la dureza de la vida aparece como una maldición que ellos no pudieron evitar para sí mismos, aunque sí, bajo la metáfora de la redención, para sus hijos. Creen que el comienzo de sus vidas a través de la extrañeza de la guerra les ejerció en una capacidad mayor para el sufrimiento y la pérdida, para la aceptación de la frustración y del sacrificio. Las condiciones sociales, psicológicas y de moral pública en las que la cotidianeidad de

<sup>27</sup> Ver Eduardo Haro Tecglen, *El niño republicano*, Madrid, Alfaguara, 1996; Eduardo Pons Padres, *Las guerras de los niños republicanos (1936-95)*, Madrid, Compañía Literaria, 1997; Francisco Umbral, *Memorias de un niño de derechas*, Barcelona, Destino, 1972. Haro Tecglen nació en 1924, Pons Prades, que escribe como cronista, en 1920 y Francisco Umbral en 1932.

<sup>28</sup> José F. Colmeiro, *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 118 y 119.

<sup>29</sup> José María Borrás Llop (coord.), *Historia de la infancia en la España contemporánea (1874-1936)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996, y «Antes de nacer sabíamos trabajar: absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX» en *Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural*, 20 (2000), pp. 169-194.

la participación en el mercado negro puso al conjunto de la población fueron devastadoras para los más jóvenes en su pedagogía.

En conjunto y aunque hay una considerable variedad de historias y situaciones personales, de estrategias para amoldarse a los códigos que imponían la coacción y el castigo, la situación de profundo cambio fue para los niños un modelo de aprendizaje intuitivo en el que la falta de libertades les obligaría a ejercitarse el resto de su vida:

El país entero se puso a hacer penitencia y una transformación que al cabo de los años parece inimaginable se operó a una velocidad vertiginosa [...] todo recuerdo de una vida distinta se borró de todas las conciencias. Nadie se sentía obligado a comprender a los equivocados.<sup>30</sup>

Del carácter unificador de este sentimiento ha resultado otro de los rasgos del grupo. Sólo a partir de la definitiva y general corrección de los errores del pasado, o de la coincidencia con las nuevas premisas, se podía formar parte de la comunidad legitimada por el derecho de la victoria. Los niños fueron asimilados al sistema que dividía a sus padres en afectos, desafectos e indiferentes, y sobre esta pauta se les trató. Las diferencias de clase en relación con los vencedores de la guerra tuvieron una gran importancia. Los niños mendigos que abarrotaban las calles de ciudades y pueblos poco tenían que ver con los hijos de la burguesía entregados a la educación católica que justificaba la victoriosa cruzada. Pero en ambos casos estaba presente el atropello y el latrocinio de la infancia. La política republicana que había querido emprender una renovación en la consideración pedagógica y legal del niño quedó bloqueada. A la incipiente consideración de que los niños tenían derechos se contestó con el encuadramiento, el castigo y la destrucción. El corpus con el que se iba reconducir el sistema de enseñanza partía de la sospecha sobre el maestro republicano y de la perpetuación de la educación como una forma de diferenciación social. Si el Estado ejerció su acción asistencial con los hijos de trabajadores y vencidos fue a cambio de la expiación, de la enmienda y de la renuncia a su identidad, lo que por otro lado le permitió desarrollar uno de sus más conspicuos y exitosos sistemas de propaganda.

La falta de crítica y la negativa a la reivindicación pública de la memoria personal fue otro de los rasgos compartidos por muchos durante la mayor parte de la dictadura. Sólo al final de la misma,<sup>31</sup> iniciada ya la

<sup>30</sup> C. Barral, *Años de penitencia*, op. cit., pp. 17 y 18.

<sup>31</sup> Para el caso de los niños vascos evacuados fuera de España, el inicio de la corriente memorialística es algo anterior ya que se inicia con la publicación en 1967 de *El otro árbol de Guernica* de Luis de Castresana, quien había nacido en 1925. Ver Alicia Alted, «Los niños de la guerra civil» en *Anales de Historia Contemporánea*, 19 (2003), pp. 43-58.

década de los 70, cuando los mayores de estos «niños» abandonaban su posición hegemónica dentro del grupo singularizado por la vivencia directa de la guerra, y cuando el régimen agonizaba, se inició una tendencia pública a la recuperación de los recuerdos de la infancia, dotándolos de una fuerte carga sentimental y generacional orientada a explicitar una identidad común. La victimización colectiva y la exoneración de responsabilidad se sustentaron precisamente sobre el no haber hecho la guerra, pero se evitaron aquellas otras lecturas generacionales que incidían en la desmovilización o en la complacencia con el régimen y a favor de las cuales, la memoria del conflicto tuvo que ser silenciada o suprimida. Para un país escarmentado por la violencia todo lo que fuera apartarse de la guerra y de las condiciones de vida de los primeros años cuarenta suponía ir a mejor. El franquismo identificó a las clases más desfavorecidas como adversarias o indiferentes y por eso las mantuvo en la exclusión a través del hambre, la miseria y el analfabetismo. Las posibilidades de emprender un proyecto de ascenso social no fueron visibles para la mayoría hasta los años sesenta y, por supuesto, exigieron la ruptura con el pasado de pobreza o exclusión social, pero también con las redes de solidaridad e identidad que en él se habían generado. El recuerdo de estas infancias dolorosas no facilitaba ni la integración ni la mejora. El miedo a la vuelta atrás convenció a muchos del valor primordial de la paz por encima de cualquier otra reivindicación. La paz fue impuesta por el fantasma de la guerra, sin que hubiera lugar al fortalecimiento de una conciencia crítica o reivindicativa, lo que, como es sabido, terminó por pesar fuertemente en todo el proceso de la transición democrática. Cuando a partir de los noventa se haga visible la memoria doliente generada por la guerra, muchos de estos protagonistas insistirán hasta el día de hoy en su interés por conocer, por concluir los duelos que dejaron pendientes o por reparar a sus víctimas, pero anticipando, como si de una condición previa se tratara, la declaración del rechazo al rencor y a la revancha. La prevalencia de esta actitud ha resultado tan necesaria que la transmisión generacional de la misma se ha asegurado, incluso a pesar de estar fundamentada en la experiencia de la dictadura. El sistema democrático, aunque quizá lo haya iniciado, no ha sido capaz de consensuar todavía un significado propio para estos términos tan repetidos. Así la vía de la llamada «recuperación de la memoria histórica», que ha supuesto para muchos de estos mayores de hoy el primer ejercicio de participación ciudadana activa y de concienciación democrática, sigue tutelada por el miedo al conflicto y el temor a la incapacidad para la gestión democrática del mismo, lo que ha limitado con frecuencia los alcances posibles de este proceso de recuperación.

En conjunto, ésta es una generación que ha estado obligada en su mayoría a superar la debilidad en la que les colocaba el estigma de la

guerra y a la que solamente un lento proceso de democratización y de superación del miedo, coincidentes con el panorama internacional en el que se ha terminado por instalar la llamada *cultura de la memoria*, ha dado la oportunidad de la palabra pública.

### Las infancias

Sáez Marín fue<sup>32</sup> uno de los que primero advirtió de la importancia del efecto socializador de las retaguardias sobre la generación de los que no hicieron la guerra. Desde el año 1936 se hizo un esfuerzo por encuadrar a los más jóvenes en instituciones capaces de dotar de significado al nuevo régimen. En las zonas de la retaguardia facciosa las nuevas organizaciones juveniles acogieron una militancia funcional y precipitada a la que no resultó difícil convertir en entusiasta. Es evidente que la imitación del mundo adulto debió de tener un gran atractivo en un ambiente bélico como el que se estaba viviendo entonces. Los niños recibían instrucción militar y religiosa, desfilaron por las calles con fusiles de madera y banda de música, vestían los uniformes reglamentarios y cantaban los himnos de Falange. Los ubicuos *flechas* se podían sentir, y así se les hacía creer, como pertenecientes a un grupo de elegidos. Pasada la guerra, el Frente de Juventudes (fundado en diciembre de 1940) fue el vehículo normalizado de transmisión de las consignas del régimen y de los valores de la nueva sociedad entre los más jóvenes. Los niños figuraban en la organización como *pelayos* (hasta los diez años), *flechas* (hasta los catorce) o *cadetes* (hasta los diecisiete), la mayoría a la espera de seguir una declinante carrera de afiliado por el resto de las organizaciones del partido único. La imagen militarizada de estos niños por las calles de pueblos y ciudades es una de las que mejor han articulado la percepción de la extrañeza de aquel tiempo.

Al igual que había ocurrido en Italia o en Alemania, el nuevo Estado pretendería someter a la familia y la escuela. De forma consecuente con su interés por el hecho generacional, el fascismo se interesó por el núcleo de la relación entre padre e hijo como fórmula de la transmisión y de la permanencia de los valores de la juventud con la que identificaba la renovación.<sup>33</sup> Merece la pena atender a quiénes eran los padres de estos niños por lo que tiene de responsabilidad diferida y porque facilita entender cómo era esa sociedad donde la experiencia de la guerra y del golpe

<sup>32</sup> Juan Sáez Marín, *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de post-guerra (1937-1960)*, Madrid, siglo XXI, 1988, p. 338.

<sup>33</sup> Luisa Passerini, «La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años 50)», en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Historia de los jóvenes, tomo II. La edad contemporánea*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 410-411. Ver también Conchita Mir (ed.), *Jóvenes y dictaduras de entreguerras. Propaganda, doctrina y encuadramiento: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España*, Lérida, Milenio, 2007.

de Estado fue posible.<sup>34</sup> En el año 1936 en las listas de las organizaciones juveniles de Falange de los pueblos figuraban los hijos, sobrinos o hermanos pequeños de los afiliados al partido, los hijos de los guardias civiles y carabineros, los de los maestros falangistas que asumieron la dirección de las sedes locales, los sobrinos de los curas y los hijos de los prudentes simpatizantes o adheridos. Pero también estaban afiliados hijos de familias republicanas y de personas que de forma significativa no se inscribirían nunca en el partido, pero que no quisieron evitar dar muestra de un cierto nivel de disponibilidad y aceptación. Es presumible que la afiliación de un hijo haya tenido en algunos casos el carácter de pago de un tributo, o que incluso se haya visto en ese compromiso una forma de ir borrando el pasado más comprometedor. Sin embargo pertenecer a esta organización no suponía únicamente un juego infantil. Por ejemplo, cuando en pueblos como Conil de la Frontera (Cádiz) se hizo pasear por las calles a las mujeres humilladas por los falangistas, éstas iban acompañadas por los flechas que, entre abucheos, cantaban el himno de Falange.<sup>35</sup> Junto con los fusilamientos de los primeros meses, ese fue uno de los episodios escandalosos que más amarga memoria ha dejado entre quienes lo vivieron y por eso ha terminado por convertirse en una de las claves mnemónicas transmitidas generacionalmente.<sup>36</sup> Todavía hoy se insiste en destacar la vergüenza que producía el espectáculo a quienes lo vieron, aumentada por la novedosa participación infantil en un acto de semejante naturaleza. Las fuentes orales repiten la historia utilizando claves interpretativas similares: muchos reconocen hoy haber visto la escena, pero no su participación en la misma. Las voces de aquellos niños, sus manos lanzando piedras y su equívoco entusiasmo infantil han sido relegados al campo del olvido o al silencio. Es sabido que la memoria elige formas impersonales para distanciarse de los malos recuerdos. En aquellos días a algunos padres, a través de la responsabilidad diferida a sus hijos, se les debió de hacer evidente la experiencia de vivir la discordancia entre la norma

<sup>34</sup> Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

<sup>35</sup> Archivo del Tribunal Militar n.º 2 de Sevilla. Consejo de guerra del carabinero Arcadio Crespo Deza y 12 más. Sumario 267. En él el encausado hace la siguiente declaración: «que un día, el falangista apellidado Malpica, peló a dos muchachas a las que paseó por el pueblo, llevando detrás de ellas a los flechas cantando el himno de Falange, y como al día siguiente, el declarante recibió una orden oficial prohibiendo tales actos, al comunicarla a Falange debieron estos suponer que eran cosas del oficial declarante y arrojaron contra él sus propósitos de destituirlo».

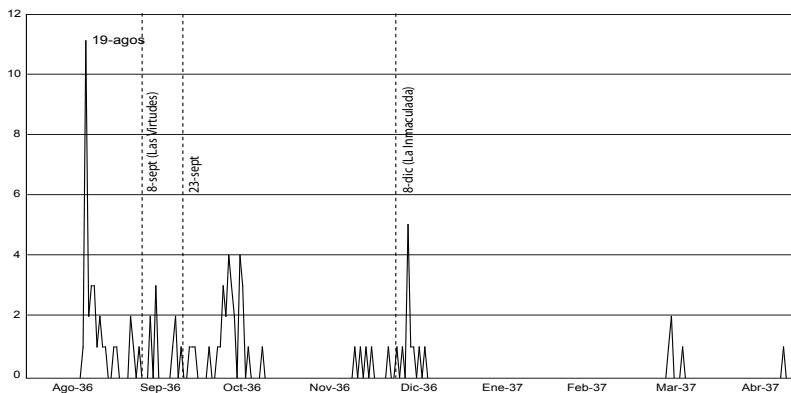
<sup>36</sup> La imagen de la mujer «rapada» (también identificada en Andalucía como «pelona») es uno de los símbolos más omnipresentes de la violencia política en la memoria de los que lo vieron de niños. Para las repercusiones sobre los hijos de estas mujeres en la Francia liberada ver Fabrice Virgili, «Víctimas, culpables y silenciosas: memorias de las mujeres rapadas en la Francia de postguerra» en J. Aróstegui y F. Godicheau, *Guerra civil... op. cit.*, pp. 361-372.

pública y la conciencia privada como consecuencia de la realidad política que imponía el golpe de Estado y que la falta de libertades consustancial a la dictadura no hizo más que enquistar. Para muchos niños quedó asimilada la simultaneidad de dos realidades opuestas que sin embargo tenían que lograr hacer compatibles a través del disimulo y el engaño. Ese fue uno de los más graves costes de la dictadura.

Las confesiones del tiempo de la infancia pesan sobre la biografía de los individuos, acuden para incomodar y complicar un presente que se puede volver muy problemático como ponen de manifiesto casos tan debatidos públicamente como el del pasado nazi del escritor Gunter Grass.<sup>37</sup> Lo público consume un relato normalizado que sigue escondiendo parte de la realidad.

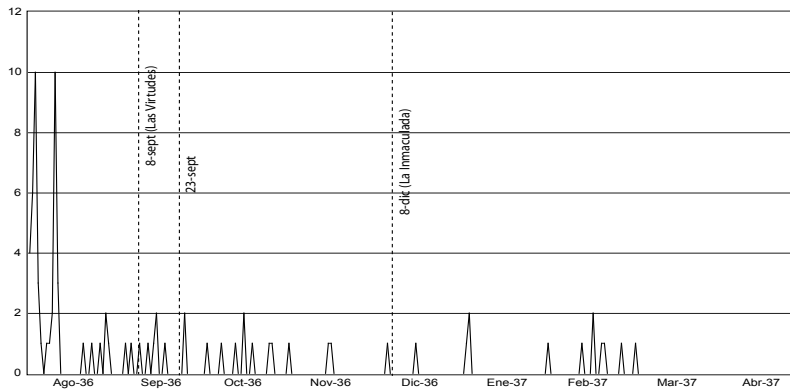
El trauma vivido por todos tiene fechas señaladas que pautaron el ritmo de aquellos meses. En el caso del pueblo mencionado conocemos las fechas en las que se fusiló a varias personas. Fueron los días 8 y 23 de septiembre y el 8 de diciembre del año 1936. Niños y mayores tuvieron en común la vivencia del drama que el relato de la memoria ha determinado convertir en asidero explicativo de conductas posteriores. Sin embargo, si relacionamos en ese tiempo los días de afiliación a la Organización Juvenil de Flechas y a la agrupación local de FE de las JONS la realidad de lo sucedido empieza a matizar algunas cosas. Como se puede observar en los gráficos (1 y 2), adultos y niños siguieron acercándose a la organización, sin que los fusilamientos de sus vecinos fuesen al parecer razones suficientes para haber actuado de otra manera en quienes así lo decidieron.

Gráfico1. Afiliación Organización Juvenil Conil 1-8-36/30-4-37



<sup>37</sup> Günter Grass, *Pelando la cebolla*, Madrid, Alfabeta, 2007. Grass nació en 1927, el mismo año que el actual papa, Joseph A. Ratzinger, de quien también se ha conocido recientemente su militancia en las Juventudes Hitlerianas.

Gráfico 2. Afiliación Falange Local de Conil 1-8-36/30-4-37



Las organizaciones del partido tuvieron un inicio fuerte (mes de agosto) en el que se les unieron presumiblemente los que ideológicamente estaban más cercanos o los que tenían una idea clara sobre dónde debían estar situados. Más del 50% de los hombres de la agrupación local se afiliaron en ese mes, lo que incide en la imagen de una agrupación de aliento corto, que se vio obligada a conformarse con un ritmo entrecortado en la recluta de afines, situación a todas luces muy alejada del tópico de la «avalancha» ocurrida en otras zonas del país. En el caso de los niños, y pasado ese primer momento de agosto que se podría considerar más «libre» y que afectó al 24% de los 111 afiliados totales del periodo, la estructura escolar, activa con el comienzo del curso y con todos sus maestros afines a Falange, se puso al servicio de la búsqueda de correligionarios. El 38% del total de los flechas se afilió, dentro de los meses que estamos considerando, entre septiembre y octubre de 1936, habiéndose desarrollado otra pequeña campaña de afiliación en el mes de diciembre que se saldó con el reclutamiento de doce niños más.

En el mes de septiembre diez personas adultas se «apuntaron» a Falange, de ellas, ocho lo hicieron después del 8 de septiembre, día de la Virgen de las Virtudes, y día en el que se asesinó a siete personas. El asesinato de dos personas más el 23 del mismo mes tampoco causó variaciones significativas en el ritmo que estamos señalando. Finalmente el 8 de diciembre, día de la Inmaculada, se fusiló a otro detenido en la cárcel local y sólo una persona decidió afiliarse a la organización en los días que restaban del mes. En la mayoría de quienes sumaban una población de seis mil habitantes, con una clase trabajadora joven, abundante y mayoritariamente decantada por opciones políticas de izquierda a juzgar por los resultados electorales del periodo republicano, estas ejecuciones debieron de actuar de manera definitivamente aleccionadora,

pero también a favor de un distanciamiento de la organización. Sin embargo, en la minoría necesaria para la institucionalización del golpe, las muertes no pudieron dejar de presionar para lograr un cierto grado de colaboración, lo que podemos confirmar a partir de lo sucedido con los más jóvenes.

En el caso de los niños llama la atención el alto porcentaje de afiliación para los meses de septiembre y octubre, por lo que no parece que el espectro de los fusilamientos actuara en contra de la organización. En septiembre se afiliaron dieciséis flechas (sólo cuatro de ellos lo hicieron antes del fatídico día ocho) y en octubre lo hicieron veintiséis más, sólo uno menos que en el mes de agosto, el mes de mayor reclutamiento. Fueron los meses de mayor afiliación en toda la historia de la organización juvenil falangista local hasta su desaparición en los años setenta. La violencia más salvaje contra vecinos conocidos no parece haber significado un tiempo suspendido para la espera entre el grupo de familias que se sintieron reclamadas a la hora de tomar partido, más bien y por el contrario podría deducirse que actuó a favor de su vinculación a quienes se atribuía la responsabilidad de la tragedia en la comunidad. Esta es la realidad.

De todas formas, en 1936 y en las zonas rurales, la organización juvenil del nuevo partido único debió de tener dificultades en llegar a una población infantil, que en su mayor parte no estaba escolarizada y que a partir de edades muy tempranas ya estaba dedicada al trabajo. Había un problema de desajuste entre los modelos burgueses que se utilizaban en la propaganda y la realidad de las clases trabajadoras: los niños limpios y educados, aplicados en la escuela y en misa; las madres hacendosas y encargadas de la educación de los hijos; el hogar, confortable. La identificación con estos patrones podía funcionar como deseo o aspiración, pero tenía muy difícil su concreción dadas las circunstancias de la miseria en la que se desenvolvían estos grupos y que la guerra no hizo más que aumentar.

En las familias, las «madres» fueron objetivo prioritario por su utilidad como posibles transmisoras de los principios del régimen,<sup>38</sup> aunque igualmente fueron ellas las que gestionaron el uso de la memoria reprimida con sus hijos. También se aprovechó el camino de la enseñanza para llegar a todos los niños escolarizados, puesto que los maestros desarrollaron desde el primer momento una fuerte campaña de proselitismo.<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Apuntado en Barranquero E. Teixeira, «Los niños que hicieron la guerra», *Baética*, 10 (1987), p. 344.

<sup>39</sup> En el caso de Conil de la Frontera son muy numerosos los testimonios orales que recogen las presiones a favor de la afiliación a la organización juvenil, las discriminaciones en función de ser o no flecha y la persecución y el rechazo en la escuela de los hijos de familias «rojas». También son abundantes los relatos que cuentan la reacción familiar, pero no manifiesta públicamente, en contra de las ofertas de los maestros. Sobre la dua-



Como ya hemos apuntado, muchos padres presionados terminaron por aceptar la afiliación de sus hijos en esos momentos, debido a la gravedad de todo lo que estaba sucediendo. El miedo y la prudencia debieron de impedir la militancia de algunos, pero a otros les llevaron a optar por situaciones intermedias utilizando para ello el ámbito familiar, improvisando un nuevo tipo de compromiso diferido y más irresponsable a través de los hijos. Quizá en razones como éstas radique el que en una parte de la generación se haya preferido, hasta fechas muy recientes, no volver la vista atrás ante la posibilidad de tener que afrontar un pasado incómodo que todavía puede permanecer comprometidamente vivo para ellos mismos.<sup>40</sup>

Los hijos de los «rojos» fueron equiparados a «los hijos de los vencidos»<sup>41</sup> en cada uno de los pueblos y ciudades españolas. «Hijo de rojo» fue un insulto de la época. Los lazos de sangre pesaron sobre los niños incluso para dar presencia física a huidos o a desaparecidos. Para el conjunto de la población su situación fue aleccionadora, ya que se procuró evitar el lamento y el consuelo, buscando sin embargo la visibilidad de los derrotados para que éstos se sintieran excluidos. También para los niños el haber estado en el campo de influencia del movimiento obrero o de la izquierda durante la República se pagó de forma cruel en los pequeños submundos de lo local y de las nuevas instituciones represivas del régimen. Un mundo de huérfanos, enfermos, desamparados, incluseros, reformados y futuros seminaristas cobró cuerpo a partir del comienzo de la guerra. Fue entonces cuando el hambre y el dolor pasaron a ser señas de identidad:

Nosotros, los huérfanos de guerra, fuimos los pioneros en pasar hambre [...] Entonces cuando ocurría lo que relato no había hambre en la ciudad y se podía comprar de todo [...] Nosotros teníamos hecho el rodaje. Como el pueblo aún no había desarrollado los mecanismos de instinto de supervivencia, no podíamos tomar como ejemplo su manera de proceder. Nos hallábamos perdidos y fuera de lugar, en medio de gente que ocupaba su sitio.<sup>42</sup>

---

lidad del discurso público y privado ver James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Nafarroa, Txalaparta, 1990 (la edición española de 2003).

<sup>40</sup> El desarrollo de la idea de última generación para la que la guerra (en referencia a la Segunda Guerra Mundial) es todavía «un tejido vivo» en Lisa Appignanesi, *Los muertos perdidos. Una memoria de familia*, Barcelona, Península, 2007.

<sup>41</sup> Lidia Falcón, *Los hijos de los vencidos (1939-49)*, Barcelona, Pomaire, 1979. Falcón nació en 1935.

<sup>42</sup> José Valiente Moreno, *Lo contado por un niño de la guerra*, Cádiz, Concejalía de Cultura del Puerto de Santa María, 2006. El autor nació en 1923 y quedó huérfano en los primeros días del levantamiento militar cuando una partida de falangistas fusiló a su padre, socialista. Cuenta la historia de cómo en el año 1937 esperaba sentado, al lado de alguno de los soldados italianos acampados a las afueras de la ciudad, a que éste terminara de comer su ración para lavarle el plato a cambio de que en él hubiese alguna sobra.

Los niños fueron entendidos como medio para el castigo de los padres y muy en especial de las madres. En los primeros años cuarenta había una gran población infantil en las cárceles sobre la que el Estado buscó ejercitar su propia tutela negando a los padres el ejercicio de la patria potestad. Las historias de la separación y de la pérdida son desgarradoras.<sup>43</sup> Esta política violenta de las autoridades, que se presentó como un ejercicio de caridad y misericordia centrada en la protección de los hijos del enemigo, sólo fue posible a partir de la activa intervención y colaboración de la Iglesia católica.<sup>44</sup>

El Estado, a través de la violencia y de sus posteriores estrategias asistenciales, que por otro lado fueron alarmantemente ineficaces, privaba a los niños de sus padres en libertad, y a éstos, de criar a sus hijos según sus convicciones.<sup>45</sup> Y aún parece más grave la herencia de culpabilidad que el nuevo Estado franquista consiguió que asumieran los hijos de muchos de los derrotados. Al conseguir que se entendiera que los padres republicanos o que sus actos de aquel tiempo habían sido «malos», se pudo imponer el arrepentimiento y el silencio sobre ese pasado incluso como un legado transmitido a través de las diferentes generaciones.<sup>46</sup> Con el final de la guerra o con el exilio, los «niños vencidos» tuvieron que recomponer su vida alrededor del trauma sufrido en su infancia, sin que después la experiencia de la vida adulta en la dictadura les permitiera encontrar una resignificación para esa forma de entender el mundo que la propia vivencia del conflicto les dio.<sup>47</sup>

Asistencia infantil y beneficencia fueron los campos en los que la pobreza daba la ocasión para ejercer la caridad con la infancia. Cuando el Estado intervino para solucionar las situaciones de precariedad provocadas por las condiciones derivadas de la guerra, los niños fueron acogidos en centros asistenciales regidos por la escasez, la corrupción y

<sup>43</sup> De estos niños no quedaba constancia en los libros de registro de los centros penitenciarios lo que colaboró a colocarlos en la situación de extrema indefensión a la vez que se favorecía con ello todo tipo de atropellos, secuestros y desapariciones. Ver Ricard Vinyes, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Barcelona, Debolsillo, 2003 (1.ª edición de 2002). En relación con este asunto tiene gran trascendencia la solicitud que ha efectuado a finales de 2008 el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón para que se investigue el paradero y circunstancias que rodearon la desaparición de varios de los denominados *niños perdidos o robados del franquismo*.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>45</sup> *Ibidem*.

<sup>46</sup> M. Richards, «Ideology and the Psychology of War Children in Franco's Spain, 1936-1945», en Kjersti Ericsson and Eva Simonsen (eds.), *Children of World War II. The hidden enemy legacy*, Oxford, Berg, 2005, p. 117.

<sup>47</sup> Anna Miñarro y Teresa Morandi, «Trauma y transmisión. Efectes en la subjectivitat dels ciutadans de Catalunya de la guerra del 36, la postguerra, el franquisme y la transició», en *Intercanvis*, 19 (2007), (<http://www.intercanvis.es/porthml/num19.html>). En el artículo es muy revelador el caso clínico que analizan las autoras en relación con lo vivido por una mujer barcelonesa, Josefina Piquet, nacida en 1934.

una durísima disciplina, guiados por la todopoderosa Iglesia y a merced del desprecio a cualquier consideración amable de lo infantil.<sup>48</sup> De todas formas la dureza de la postguerra fue tan grave que a pesar de los rasgos especificados, muchos de los tutelados guardan todavía hoy gratitud a éstas instituciones, porque entienden que al menos tuvieron un sitio donde resguardarse o en el que integrarse, lo que viene a matizar tópicos o consideraciones previas.<sup>49</sup>

Las imágenes de niños desvalidos constituyen otra de las síntesis del dolor provocado por el conflicto. Son los niños de las colas de los comedores de Auxilio Social, los niños del hambre, de la falta de salud, los sin ropa y sin calzado, con el corte de pelo acorde con la permanente posibilidad de infección, los acosados por el frío, los solos,... Estos fueron estilemas de una parte significativa de la infancia española del periodo. Los niños fueron mendigos y delincuentes. Llenaban ciudades y pueblos sin que existiera la más mínima expectativa sobre su presente o su futuro. Por todo ello pertenecen al grupo de víctimas que en orden a los sufrimientos padecidos nunca podrá ser reparado.<sup>50</sup>

Otros muchos desvalidos también quedaron en manos de adultos que terminaron por resolver de muy diversas maneras las situaciones que afectaban a los niños. Huérfanos, heridos, enfermos o evacuados no siempre quedaron tutelados por organizaciones benéficas o estatales. Los particulares ejercieron la solidaridad y la generosidad, pero también la explotación y el abuso en un mundo en el que los recursos eran muy limitados y en el que los niños podían ser utilizados sin problemas.<sup>51</sup> Las familias rotas por la pérdida o ausencia de uno o varios de sus miembros tuvieron que recomponerse en condiciones de máxima precariedad: abuelos que se encargaron de nietos, hermanos que se cuidaron entre sí o tíos y sobrinos ejerciendo nuevos roles familiares. La ruptura del mundo cotidiano anterior a la guerra alteró profundamente lo que había sido la casa de cada cual. Decisiones determinantes sobre el futuro de los niños fueron tomadas en situaciones comprometidas que prescindieron de los derechos o las necesidades infantiles. La

<sup>48</sup> Una aportación muy difundida y exacta en Carlos Giménez, *Todo Paracuellos*, Barcelona, Debolsillo, 2007.

<sup>49</sup> Ver Ángela Cenarro, *Los niños del Auxilio Social*, Madrid, Espasa-Calpe, 2009.

<sup>50</sup> Una de las mejores reflexiones sobre esta realidad en el breve relato que da título al volumen, J. Fernández Santos, *Cabeza Rapada*, Barcelona, Seix Barral, 2003. El autor nació en 1926.

<sup>51</sup> Los niños evacuados a las zonas de Levante y alojados por familias particulares fueron escogidos por éstas en función del sexo y de su capacidad para trabajar y ayudar a la familia. Un ejemplo en Eloy Fernández de la Peña, *Generación del hambre...*, *op. cit.* Para valorar más ampliamente la realidad económica, social y psicológica generada por las evacuaciones de niños durante la Segunda Guerra Mundial ver M.<sup>a</sup> Gracia Torres Díaz, *Algunos testimonios orales sobre la vida de los niños en Gran Bretaña (1939-45)*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000, pp. 27-49.

vida era una dura prueba para todos, pero más aún obviamente para los más desprotegidos.

A pesar de todo ello, los niños creyeron en o se vieron influenciados por los discursos públicos normalizados de la Iglesia o del régimen, especialmente cuando carecieron de referentes familiares activos en un sentido opuesto. La dictadura siguió utilizando la infancia como propaganda y como parte prioritaria de su proyecto de futuro, pero fracasó estrepitosamente en la socialización de la juventud, ya que a medida que los niños crecían se veían cada vez más distantes de un rosario de consignas y quehaceres extraños a la realidad común.

Por último habría que tener en cuenta que un 16% de los exiliados españoles de la guerra de 1936 había nacido entre los años 1924 y 1940. Los niños del exilio español constituyeron una comunidad de referencia desde el primer momento de su existencia<sup>52</sup> y, en lo que aquí interesa, fueron los depositarios de una memoria activa y militante que contrasta con las limitaciones de la del interior.

### El manejo de la memoria

La reconstrucción explícita de la memoria y su representación tiene que ver con la identidad en la que se «recompone» cada individuo. La memoria de lo que se vivió o lo que vieron los allegados, no actúa de manera equivalente en cada uno de los presentes sucesivos de las personas o de un grupo generacional tan caracterizado como al que nos venimos refiriendo. Así es fácil comprender que no sea lo mismo recordar para el hijo de una víctima que para el de un verdugo,<sup>53</sup> o que las situaciones cambiantes de los hechos políticos, sociales o económicos condicionen en muchos casos las formas de posicionarse frente al pasado. Olvidar, arrinconar lo traumático, a favor de cada presente es una actitud humana conocida y puede que necesaria. Si el pasado ha supuesto la exclusión o la marginación para las personas, éstas no encuentran fácilmente razones para querer volver a él. En relación con estos motivos no resulta contradictorio que fuera precisamente la generación de los niños de la guerra la que iniciara la rebelión contra la propia memoria del conflicto, como se entiende que ocurrió públicamente a partir de las manifestaciones estudiantiles del 1956 y 1957.<sup>54</sup> Ser estudiante en la década de los 50 no era representativo del conjunto de la juventud española del

<sup>52</sup> La bibliografía sobre el tema es muy abundante. Valga como referencia el catálogo de la exposición celebrada en Bilbao entre el 17 de diciembre de 2003 y el 23 de enero de 2004. Alicia Alted, Roger González y María José Millán (eds.), *El exilio de los niños*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias y Fundación Largo Caballero, 2003.

<sup>53</sup> Joel Candau, *Memoria e identidad*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 2001, p. 151.

<sup>54</sup> Santos Juliá, «Memoria, historia y política en un pasado de guerra y dictadura», en Juliá, S. (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 38 y 39.

momento,<sup>55</sup> pero sí lo era el hecho significativo de que aquellos jóvenes renegaran manifiestamente de un pasado cuya responsabilidad atribuían a sus padres.<sup>56</sup>

La decisión de no vincularse como adultos al hecho limitador de la confrontación y la aceptación progresiva de que la guerra debía ser un revulsivo a favor de la paz terminaron por afianzar el discurso de la reconciliación y del nunca más entre hermanos lo que resultó tan operativo durante los años de la transición democrática. Por lo tanto, y como es sabido, la ruptura del silencio impuesto por la dictadura en relación con la memoria de los vencidos en la guerra no fue entonces una reivindicación de esta generación, independientemente de que algunos de sus miembros actuaran en sentido opuesto. Quienes tenían mayor formación académica entendieron que la guerra debía dejar de ser la guerra de liberación en la que se les había educado, para pasar a ser un hecho histórico más, documentado con el rigor de las fuentes historiográficas. La subjetividad de la experiencia de cada una de las víctimas de la violencia y la memoria de las mismas seguía reducida a la experiencia de lo personal y lo familiar. En resumen, los hijos de los vencedores y de los vencidos rompieron con la generación anterior desatendiendo un conflicto que no veían como suyo, desafiaron el discurso de la memoria oficial del franquismo y eligieron la entonces novedosa línea política del diálogo.<sup>57</sup>

Por otro lado, y en consonancia con la dialéctica generacional propia de finales de los 60, el enfrentamiento entre padres e hijos, entre viejos y jóvenes, también cristalizó en el terreno abonado de la historia más cercana porque lo ocurrido en el pasado seguía latiendo en la zona común compartida por las dos generaciones, es decir, formando parte de su «léxico familiar». <sup>58</sup> El editor Rafael Borrás Betriu, nacido en 1935,

<sup>55</sup> Recogido por el autor en una entrevista: «la política estudiantil era el producto de no más de 20 personas, y dudo mucho que lo puedas describir si no es literariamente», ver José María Maravall, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el Franquismo*, Madrid, Alfabeta, 1978, p. 161.

<sup>56</sup> Y no sólo eso, recoge González Calleja datos publicados por la revista *Time* en enero del 56. De 400 estudiantes españoles encuestados el 74% acusaba de incompetencia a sus gobernantes, el 85% de inmoralidad, el 90% tildaba de incapaces a los mandos militares y el 70% creía que la Iglesia seguía una política socialmente inaceptable, ver Eduardo González Calleja, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 240 y 241.

<sup>57</sup> S. Juliá, *Niños de la guerra*, *El País*, 05/04/2009.

<sup>58</sup> En el sentido que apunta Natalia Ginzburg: «Somos cinco hermanos. Vivimos en distintas ciudades y algunos en el extranjero, pero no solemos escribirnos. Cuando nos vemos podemos estar indiferentes o distraídos los unos de los otros, pero basta que uno de nosotros diga una palabra, una frase [...] para volver a recuperar de pronto nuestra antigua relación y nuestra infancia y juventud, unidas indisolublemente a aquellas frases, a aquellas palabras. Una de aquellas frases o palabras nos haría reconocernos los unos a los otros en la oscuridad de una gruta o entre millones de personas. Estas frases son

aportaba una reactualización de la semántica de la guerra cuando advertía en 1971 que

... el no haber hecho la guerra era una especie de segundo pecado original con el que los españoles de mi generación hemos advenido al despertar de la razón.<sup>59</sup>

La ruptura estaba asegurada. La experiencia adulta y participante de los padres los singularizaba y apartaba de sus sucesores marcados por las condiciones de la postguerra. El fracaso alimentaba una realidad doliente, incluso teniendo en cuenta que muchos hijos ignoraban en aquel tiempo de silencio cuál había sido la identidad real de sus padres. Tampoco los réditos de la victoria aseguraban la adhesión al régimen de los hijos de la élite. Como se afirmaba en otro manifiesto inaugural de la época, estos hijos no querían (o no necesitaban) seguir un modelo que conocían bien, el de «la rentable cobardía de nuestros padres».<sup>60</sup>

Así que los niños de la guerra que ya encontraban una representación pública en *los de la generación de los cincuenta* se reafirmaban generacionalmente frente a sus predecesores precisamente en el hecho de no haber decidido en un conflicto «ajeno». Es decir, renegaban de su experiencia y además de la herencia que ligaba a sus padres a ese tiempo de sufrimiento en su pasado, y de probable resentimiento en su presente, incluso a pesar de que con frecuencia se diera la continuidad ideológica en el interior de las familias, especialmente en las de los vencidos, en donde el desarrollo de una conciencia más crítica con la dictadura podía resultar más fácil. Los hijos pensaban que sí tenían un futuro mejor, aunque fuera sobre la base de lo vivido en la infancia. Para muchos no fue fácil. Por un lado, el trauma de la guerra era difícil de forcluir, como lo demuestra el que una amplia mayoría siguiera creyendo todavía en los setenta que su presente había sido fuertemente

---

nuestro latín, el vocabulario de nuestros días pasados, son como los jeroglíficos de los egipcios o de los asirio-babilonios: el testimonio de un núcleo vital que ya no existe, pero que sobrevive en sus textos, salvados de la furia de las aguas, de la corrosión del tiempo», en Natalia Ginzburg, *Léxico Familiar*, Barcelona, Lumen, 2007, pp. 41 y 42. La primera edición en italiano es de 1963.

<sup>59</sup> Rafael Borrás Betriu, *Los que no hicimos la guerra*, Barcelona, Nauta, 1971, p. 2. A un cuestionario de siete preguntas contestaron 97 personas representativas de la intelectualidad del momento. Según el editor se procuró que todas las tendencias políticas estuviesen representadas. En relación con lo señalado más arriba este libro encontró contestación al menos en el título en E. Pons Prades, *Los que sí hicimos la guerra*, Barcelona, Martínez Roca, 1973.

<sup>60</sup> Esteban Pinilla de las Heras, *Manifiesto de las generaciones ajenas a la Guerra Civil* [1957], publicado en E. Pinilla de las Heras, *En menos de la libertad. Dimensiones políticas del grupo Laye en Barcelona y en España*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 328. Esteban Pinilla había nacido en 1926.

condicionado por lo sucedido años atrás,<sup>61</sup> y por otro, las posibilidades de movilidad social para una amplia mayoría estaban ahí, pero a costa de un enorme sacrificio. Así, cuando una parte de los jóvenes de finales de los cincuenta se enfrentaba al régimen, lo hacía actualizando un desacuerdo propio que tenía una lectura política diferente y que se basaba entre otras cosas en la conciencia del aislamiento, en la persecución y el estado de riesgo en el que se hallaban si no formaban parte de la España oficial y en la censura moral de sus actos o creencias.<sup>62</sup> También en las condiciones de trabajo, como lo demuestra la incipiente movilización obrera de aquellos años. Precisamente por eso el enemigo se concretó en el propio régimen y no en la imagen del oponente primigenio de la infancia o en la del heredado de los padres, a quienes por otro lado los jóvenes podían retratar como esas

... figuras tenues que aunque recordadas benévolutamente por sus buenos hijos en el medio de su vida, muy allá de su etapa de rebeldía juvenil, aparecen como lo que son, sobrevivientes de una guerra, apabullados, silenciosos, menesterosos o muertos.<sup>63</sup>

Habían creído por obediencia y se habían acostumbrado a una moral en la que la verdad y la mentira se entremezclaban con facilidad.<sup>64</sup> La parte más rebelde de la generación, la que había perdido a los maestros que creía haber merecido y sin los que se proclamaba autodidacta, podía hablar de los vencedores de la guerra como perdedores. La guerra debía ser superada, porque

... la juventud no puede odiar por mandato de testamento ajeno. Pero además, lo que haremos será combatir esa consigna de odio que todavía se mantiene. Porque ahora ya sabemos que la derrota fue de todos y contra todos. Y no es posible estar odiando a nuestro propio pueblo.<sup>65</sup>

Sin embargo, y para decepción de la vanguardia militante de esta superación activa del pasado, la mayor parte de los pretéritos niños de la guerra que formaba su generación, incluida también la mayoría de los estudiantes universitarios, tenía por ocupación fundamental encontrar trabajo, mejorar sus condiciones de vida y alejarse de la política y de los

<sup>61</sup> Ver respuestas a la pregunta «¿En qué medida la guerra civil ha condicionado su vida y sus quehaceres profesionales?», en R. Borrás Betriu, *Los que no hicimos...*, op. cit.

<sup>62</sup> J. M.<sup>a</sup> Maravall, *Dictadura y disenso político...*, op. cit., p. 194.

<sup>63</sup> Juan Francisco Marsal, *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, p. 40. Juan Francisco Marsal nació en 1924.

<sup>64</sup> N. Ginzburg, *Léxico familiar*, op. cit., p. 100.

<sup>65</sup> E. Pinilla de las Heras, *Manifiesto de las generaciones...*, op. cit., p. 327.

problemas que ésta pudiera provocar.<sup>66</sup> El escarmiento de la violencia sí había creado escuela: la participación política era la antesala del mal para quienes se habían protegido siguiendo la recomendación del no señalarse o no darse a conocer. La aceptación de la derrota y el sometimiento seguía siendo la norma para la convivencia. Aunque habría que reevaluar el común concepto de resignación. Como Michael Richards ha señalado, en lo que algunos han venido viendo sólo resignación y desmovilización, en realidad convendría ver una forma más de resistencia activa frente a la dictadura: la que consumía toda su energía en la lucha por escapar de la pobreza y por superar la derrota común. A partir de finales de los cincuenta el durísimo esfuerzo se concretó en utilizar las posibilidades de mejora que ofrecían el cambio económico y la emigración masiva. El silencio, el autodidactismo y la lucha diaria formaron parte de un proceso de larga duración que llevó a que esta generación justificara el esfuerzo en estar invirtiendo su capacidad de sacrificio a favor de la mejora de la siguiente. Que la dictadura le diera a este proceso el nombre de «milagro económico» y que se apropiara del éxito del mismo no sería sino una forma más de la persistencia de la represión y el abuso.<sup>67</sup>

A pesar de las dificultades y de los hábitos socialmente consensuados, cada vez fue más frecuente desatender públicamente las normas interiorizadas como consecuencia de la guerra. Desde posturas intelectuales, de militancia o conciencia política, el pasado cercano dejaba de ser únicamente una zona peligrosa a la que no se debía volver, para admitir otras miradas públicas. Así, al principio de los setenta la experiencia de la guerra empezó a convertirse cada vez más en un asunto literario, cinematográfico o sentimental. La renovación historiográfica y la tímida apertura política también incidían en el cambio. El paso del tiempo y la progresiva actividad declinante de la generación terminarían por relativizar sus puntos de partida. Pero la reclamación social sobre la revisión de la memoria oficial y del trauma de la guerra seguía lejos de concretarse. La memoria era privada y subjetiva, si acaso lírica, pero siempre alejada de cualquier actualización política.

El trabajo de Borrás, titulado en 1971 desde la postura reivindicativa que venimos comentando, *Los que no hicimos la guerra*, buscaba dar fe de cuál era la memoria que guardaban del conflicto y qué significado daban al mismo aquellos niños del pasado convertidos al final de la dictadura en los adultos de la generación que iba a liderar la transición. Son personas que se presentan al lector a través de la valoración de

<sup>66</sup> Arthur P. Whitaker, *Spain and Defense of the West: Ally and Liability*, Nueva York, Harper, 1961, p. 193. En referencia al 95% de los jóvenes españoles de 1959 según opinión de Ridruejo, citado en *ibidem*, p. 27.

<sup>67</sup> Michael Richards, «Between memory and history: social relationships and ways of remembering the Spanish civil war», en *International Journal of Iberian Studies*, 19/1 (2006), pp. 85-94.



ese pasado. Es interesante porque recoge un momento muy significativo en la reelaboración del relato de la memoria de la guerra que se hacía entonces y además tiene como referencia un «marco» social<sup>68</sup> muy diferente del actualmente vigente en España. De manera esquemática, la guerra era para la mayoría de los encuestados un recuerdo remoto y lacerante, vivo pero con vocación de quedar fosilizado en la historia, carga pesada para su vida, pero historia evaporada para su presente y para el futuro de sus sucesores. Era la guerra de los bandos de los cuales les costaba reconocerse herederos, a pesar de que con frecuencia hablan desde una «comunidad», desde un sujeto plural. Para la mayoría, era una tragedia que debió haber sido evitada, pero para otros fue inevitable. Casi todos creían que era muy improbable que volviera a suceder una tragedia semejante en España. La idea del golpe de Estado contra un sistema democrático apenas estaba presente en las respuestas. Tampoco lo estaba la de la pérdida de un sistema de derechos y libertades. El esquema mayoritariamente interiorizado era el de la guerra fratricida. La reclamación de la memoria no existe en estos testimonios.<sup>69</sup> La propia palabra no menudea, tampoco otras tan frecuentes hoy como víctima, desaparecido, fosa, reparación, abuelo, republicano,... Otra referencia interesante la aporta la selección de fotografías personales que ha hecho cada uno de los participantes en el proyecto. En lo que nos interesa no hay fotos ni imágenes de símbolos políticos de los años treinta (sí de símbolos del Estado franquista o religiosos), pero aparecen las que documentan encuentros con líderes cubanos o de diferentes países africanos incursos en procesos revolucionarios. Es evidente que el lenguaje de la memoria era otro.

En resumen las respuestas esquematizan a un grupo generacional con referencias sociales comunes, que valoradas individualmente pueden estar teñidas de una rememoración personal que no puede dejar de manifestarse. Es decir, mezclada con el desapego y la crítica, aparece también una tímida valoración de lo subjetivo pero anclándolo prioritariamente a lo ilustrativo o lo anecdótico. El caso privado aún no ha pasado a lo público, no aspira al protagonismo. Creemos que es por la existencia de esta dualidad por lo que las respuestas van adquiriendo matices y contradicciones, ya que la oposición entre las ideologías representativas de las dos Españas, que el libro se afana en recoger, no está lograda: en la selección de las respuestas se ha impuesto el prototipo común del defensor de un futuro proceso de transición hacia la democratización del país.

<sup>68</sup> Según Halbwachs espacio, tiempo y lenguaje son marcos referenciales de la memoria social, ver Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004. El texto original es de 1925.

<sup>69</sup> Sólo Jaime Gil de Biedma afirma: «Perder el miedo será necesario y saludable; perder la memoria sería estúpido», ver R. Borrás Betriu, *Los que no hicimos la guerra...*, op. cit., p. 232.

Como ya se ha indicado, la mayor parte de la generación educada y habilitada en el silencio, justificado no sólo en razones políticas sino también en todas aquellas que unen a los individuos a un pasado de miseria o abandono,<sup>70</sup> ha tardado mucho más tiempo en romper a hablar. Los que responden hoy a la demanda de la transmisión de su recuerdo lo hacen porque han tenido la posibilidad de darle explicaciones a su pasado, de entenderlo, de superar el miedo y con ello el trauma de la infancia robada. Ahora que la memoria ya no es lo que era y que se ha convertido en conocimiento, hermenéutica, justicia, deber de memoria después de Auschwitz,<sup>71</sup> los niños de la guerra española se han convertido en los últimos testigos vivos del trauma fundacional de nuestro presente. Hablan de sus padres como referentes de un pasado reencontrado, cuentan su infancia y juventud sin vergüenza ni complejos. Están instalados en el centro de la demanda social que tiene por objetivo la denuncia de los crímenes cometidos por quienes ganaron la guerra y por la dictadura, y de forma inesperada para muchos de ellos, sus recuerdos o sus discursos personales han venido a cimentar la construcción y el uso de nuevas y ajenas identidades públicas a las que de manera recíproca muchos de ellos han procurado ajustarse.<sup>72</sup> Inmersos en el tiempo de la memoria y la reparación, guiados por movimientos asociativos y medios de comunicación, han posibilitado a muchos el conocer un pasado desactivado oportunamente en sus consecuencias más radicales.

---

<sup>70</sup> En este sentido resultan muy interesantes las conclusiones a las que llega Ángela Cenarro en su reciente investigación sobre los niños acogidos por las instituciones asistenciales de la dictadura. Ver Á. Cenarro, *Los niños del Auxilio Social*, op. cit., En especial las páginas 241-289.

<sup>71</sup> Reyes Mate, *La herencia del olvido*, Madrid, Errata Naturae, 2008.

<sup>72</sup> Señala Cenarro la facilidad normalizada para reconocer el pasado republicano familiar y, por el contrario, la persistencia del silencio cuando la referencia mnemónica es la exclusión o el enrarecimiento de la infancia por motivos no políticos. Menciona también la autora la necesidad de «reinventar» el pasado como estrategia para superar la imposición del silencio que acompaña a algunos de sus entrevistados. En Á. Cenarro, *Los niños del Auxilio Social*, op. cit., pp. 250 y 251.